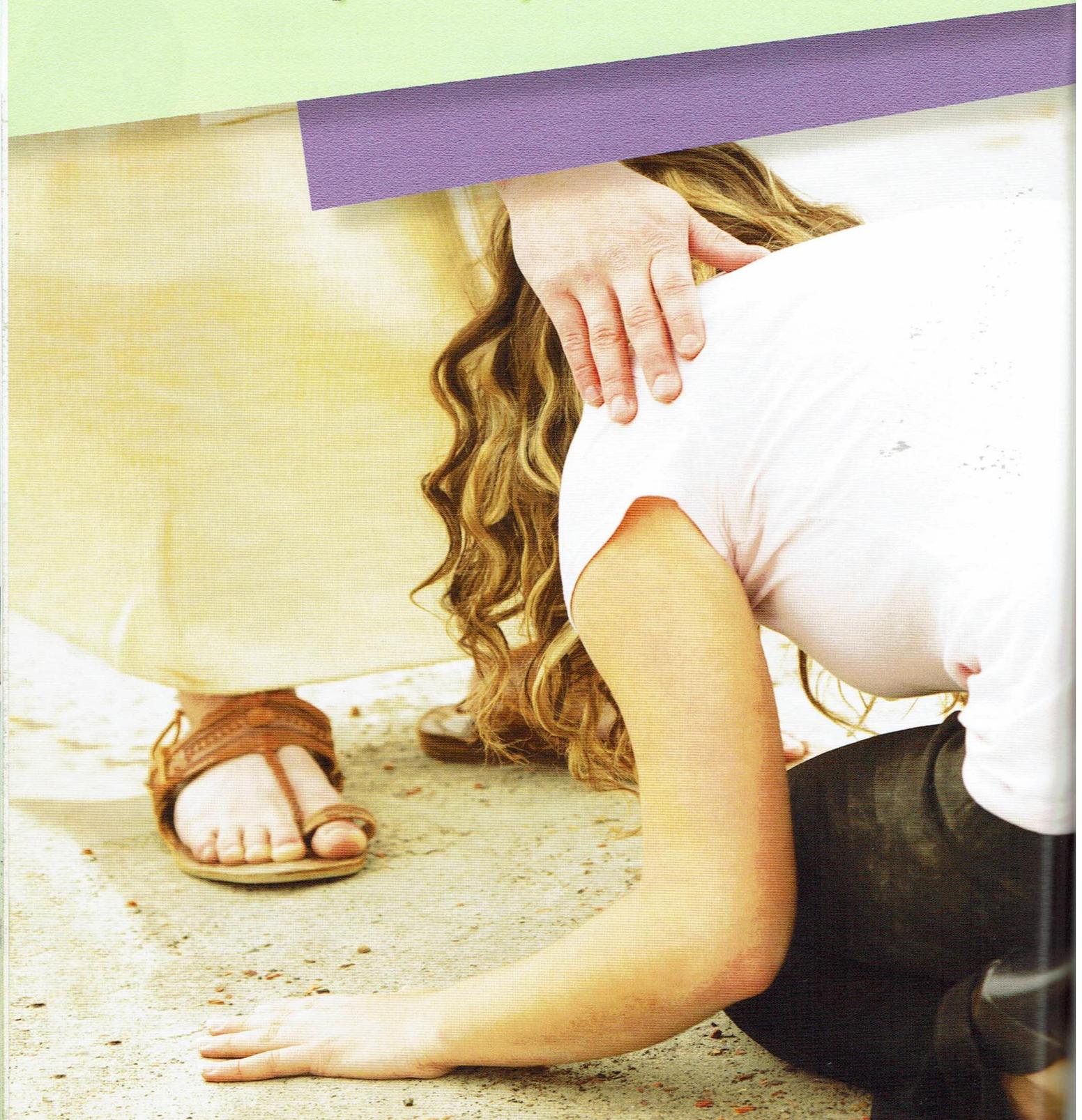


# ¿Para qué el perdón?



Carta  
18

## Querida hija... Querido hijo...

En esta carta deseo hablarte de uno de los problemas más difíciles que todo ser humano halla en su vida. Espero que consideres estas palabras con toda atención, no porque en ellas haya cosas que no sepas, sino porque de la manera como resuelvas el problema a que me refiero, dependerá tu felicidad.

Se dice que cierto hombre fue acusado ante Napoleón de participar en un complot contra el Imperio. La prueba la constituía una carta escrita por aquel hombre, quien fue sentenciado a muerte. La esposa de aquel infortunado acudió al emperador y con lágrimas le rogó que salvara a su esposo. Fue tan impresionante y patético su ruego que Napoleón ordenó a su secretario que le trajera la carta acusadora. Cuando la tuvo en sus manos se la mostró a la mujer y le preguntó:

—¿Es esta la letra de su esposo? —Ella admitió que lo era. Volviéndose hacia el secretario, Napoleón preguntó:

—¿Es esta la única evidencia que hay en contra de él?  
—La única —ratificó el secretario.

Napoleón tomó la carta y ante los ojos asombrados de la mujer que lloraba y del secretario, la arrojó al fuego. Volviéndose hacia la mujer le dijo:

—No existe ya evidencia contra su esposo, máchese en paz.

Quizás la palabra *perdón* sea la más difícil de pronunciar. Sin embargo, quien no sepa hacerlo, jamás será feliz. Quien lleve sobre su corazón la carga de una enemistad o de un disgusto contra alguno de sus semejantes, llevará dentro de sí una amargura que poco a poco irá minando todas las fuerzas morales y espirituales de su ser.

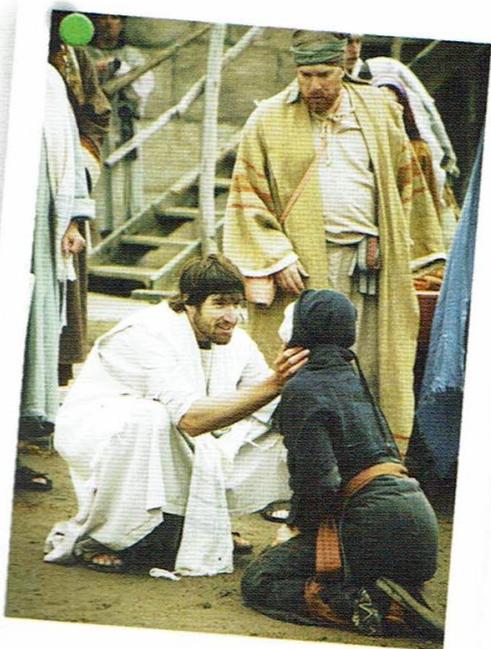
Tú comprendes que, en cierto modo, es natural que haya asuntos que perdonar, puesto que todos, absolutamente todos los seres humanos, somos imperfectos. ¿Recuerdas el caso de aquella mujer pecadora a la cual, sin misericordia alguna, los escribas y fariseos acusaron ante Jesús? El Maestro los escuchó sin decir una palabra; los oía mientras escribía en el suelo de tierra con el dedo. Pero los acusadores querían una resolución de parte del Maestro. De pronto,

este levantó la cabeza y les dijo: “Aquel de ustedes que no tenga pecado, que le tire la primera piedra” (Juan 8: 7).

¿Cuál fue el resultado? Ya lo sabes; uno tras otro, todos los que antes clamaban contra los pecados de la mujer fueron desapareciendo, temerosos de que sus propias faltas salieran a la luz.

Hay una fábula hindú que se refiere a cierto ladrón que cayó en manos de las autoridades y fue condenado a muerte. Estando en su celda llamó al carcelero y le dijo que poseía un secreto de gran importancia y que deseaba comunicárselo al rey, después de lo cual estaría listo para la muerte. Como insistió en el hecho de que su secreto era importante, el asunto fue puesto en conocimiento del rey. Este ordenó que el culpable fuera llevado ante su presencia.

Cuando esto se hizo, el ladrón explicó que poseía un secreto mediante el cual los árboles podrían producir frutas de oro puro. Dijo



que el experimento podría ser hecho muy fácilmente. El rey no quiso perder aquella magnífica oportunidad de enriquecerse, de manera que, acompañado de su primer ministro, de un grupo numeroso de cortesanos y del sumo sacerdote, salieron de la ciudad y fueron a un parque llevando con ellos al ladrón.

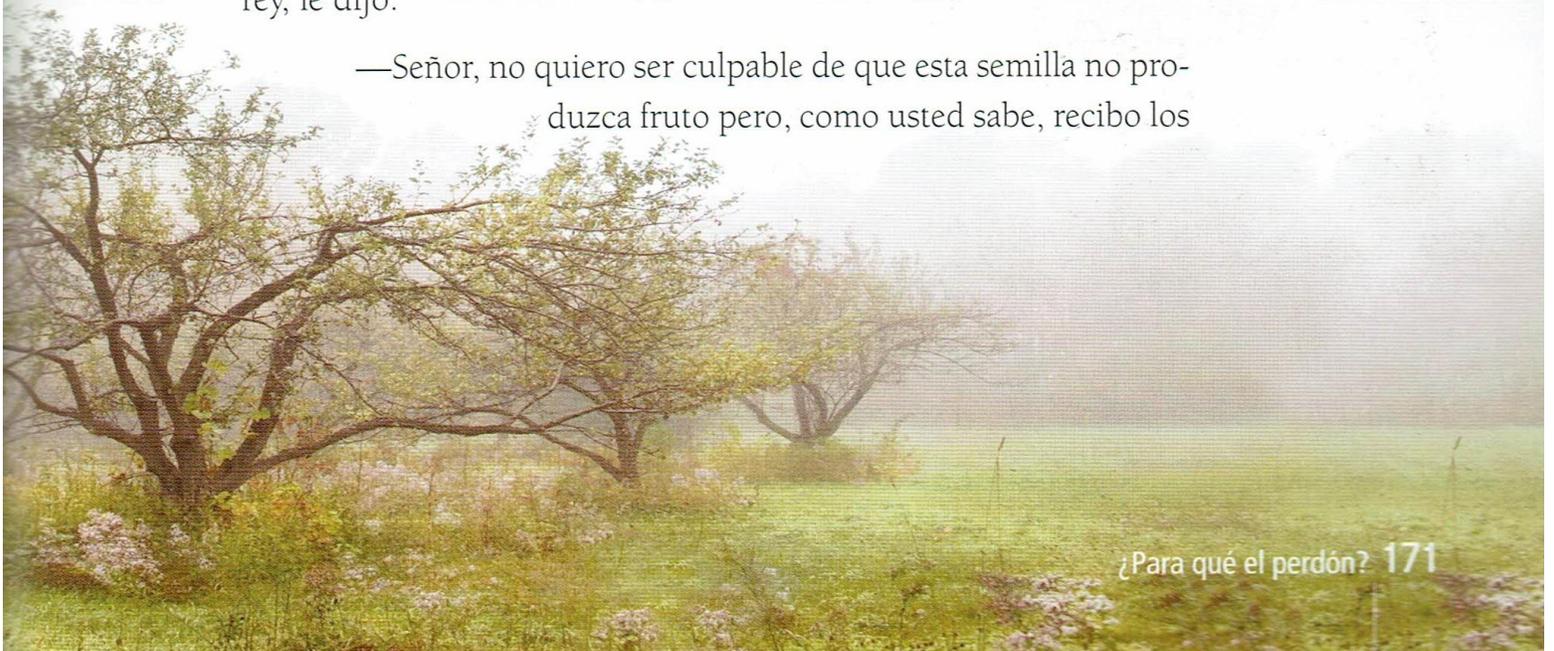
Allí, este último se colocó frente a un árbol donde pareció realizar una serie de encantamientos. Simuló arrancar de una de las ramas una pequeña pepita de oro, que para el efecto llevaba escondida. Después, volviéndose con solemnidad hacia el rey le dijo que una vez plantada esa semilla, produciría un árbol que sería todo de oro. Pero, agregó, la semilla debía ser plantada por la mano de un hombre que nunca hubiera cometido un acto deshonesto. Afirmó que siendo él un ladrón, su mano estaba contaminada. Acto seguido depositó la semilla en manos del rey.

El monarca tenía la pepita de oro en sus manos y los presentes esperaban que la plantara, pero miró a todos con el nerviosismo pintado en el semblante, y dijo:

—Señores, debo confesar que en los días de mi juventud varias veces me apropié de dinero que pertenecía al tesoro de mi padre. He lamentado mucho lo que hice, pero de cualquier forma mi mano no está limpia para sembrar esta semilla, de manera que se la entrego a usted que es el primer ministro.

El primer ministro vaciló unos instantes y luego, dirigiéndose al rey, le dijo:

—Señor, no quiero ser culpable de que esta semilla no produzca fruto pero, como usted sabe, recibo los



impuestos del pueblo y esto me expone a muchas tentaciones... Yo sé que no he sido siempre honrado. De manera que pondré esta semilla en las manos del gobernador de la ciudad.

—No, no —dijo este, alarmado— yo he sido proveedor del ejército. Señor, permítame que la pase al sumo sacerdote.

El sumo sacerdote miró al rey, después al primer ministro, y finalmente al gobernador de la ciudad, y dijo:

—¡Oh!, rey, yo tampoco puedo plantarla.

Se hizo entre los presentes un silencio de plomo hasta que, por fin, el ladrón condenado a muerte dijo:

—Perdone, Majestad. Con mucho respeto digo que sería bueno para el pueblo que los cinco que estamos aquí todos fuéramos ahorcados, puesto que parece que no hay entre nosotros ningún hombre honrado.

A pesar de las lamentables revelaciones que acababan de hacerse, el rey no pudo menos que reír al ver el ingenioso expediente de que se había valido aquel ladrón para tratar de salvarse de la muerte, y lo perdonó.



Sí, hija mía... hijo mío, todos somos humanos, todos cometemos errores. Nuestro camino se cruza con el de los demás. Diferimos en gustos, en tendencias, en educación, en inteligencia, en cultura, y es natural que a veces se produzcan choques y diferencias. Sé siempre amplio y generoso y perdona cualquier ofensa, intencional o no, de que puedas ser objeto. Ya ves que admito que más de una vez habría motivos para el resentimiento, pero debes recibirlo todo con serenidad. No permitas que una hipersensibilidad enfermiza lo magnifique y exagere todo.

La capacidad de perdonar es básica para aspirar a la felicidad. Hasta la plegaria carece de sentido y de poder para aquel en cuya vida no



florece el perdón. Jesús dijo en el Sermón del Monte: “Así que, si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda” (Mateo 5: 23, 24). Según estas palabras del Maestro, cuando hay una diferencia entre dos personas, aun hasta la oración carece de valor y no conseguirá resultado alguno hasta que el perdón haya normalizado la situación de nuestro espíritu.

El perdón es esencial para esta vida y para la venidera. Cuando el Todopoderoso nos pide que perdonemos, no está hablándonos de algo que desconoce, porque él es quien más ha perdonado.

Medita, hija mía... hijo mío, en la enormidad de la culpa del ser humano. Se negó a obedecer a Dios y, en su osadía y atrevimiento, llegó hasta a negar la existencia del Creador a quien le debía la vida y fue hundiéndose cada vez más en el pecado. En un inútil esfuerzo por desviar de sí el justo castigo de su delito, se negó a reconocer a Aquel a quien todo lo debía y de quien seguía recibiendo vida, salud y bienes. El hombre le dio la espalda a Dios, así como muchos hijos desnaturalizados se la dan a su padre y a su madre, a quienes todo lo deben.

Tú me hablabas de uno de estos casos no hace muchos días, y al contármelo se reflejaba en tu rostro toda la indignación que te producía. Pues, el ser humano ha sido aun más ingrato que ese hijo de quien me hablabas. Sin embargo, óyelo bien, toda la indiferencia y

toda la blasfemia del ser humano, y todo su pecado, no fueron suficientes para ahogar el amor de Dios. El amor del Padre es superior a la suma de todos los delitos de los hombres. Por eso perdona. Dice el profeta Miqueas: "No hay otro Dios como tú, porque tú perdonas la maldad y olvidas las rebeliones de este pequeño resto de tu pueblo. Tú nos muestras tu amor y no mantienes tu enojo para siempre. Ten otra vez compasión de nosotros y sepulta nuestras maldades. Arroja nuestros pecados a las profundidades del mar" (Miqueas 7: 18, 19).

Al pecar, el hombre quebrantó la divina ley de la justicia de Dios, por lo que, librado a sus propias fuerzas estaba irreparablemente perdido. Pero el Todopoderoso, para hacer posible el perdón que generosamente le ofrecía al hombre, no vaciló en dar lo más precioso que el cielo tenía, lo que estaba más cerca de su corazón: envió a su amado Hijo a este mundo para que ocupase en la muerte el lugar que

le correspondía al hombre. Quien aceptara como consumada para él la muerte del Nazareno en la cruz, tendría derecho a la vida eterna y a la salvación.

Hija mía... hijo mío, ¿somos nosotros superiores a Jesús de Nazaret? No. Sin embargo, ¡cuán a menudo justificamos una actitud de enemistad o de resentimiento con alguno de nuestros semejantes tras una serie de fútiles razones o vanas excusas! ¿Recuerdas la escena del Calvario? Clavado ya en la cruz, a pesar de los dolores físicos y morales que estaba sufriendo, el

Maestro no tuvo una sola palabra de reproche para los que le trataban tan impiamente.

A pesar de todo esto, al referirse a ellos sus palabras fueron: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23: 34). Para que nuestro perdón fuera posible, Jesús de Nazaret vino a este mun-





do, llevó sobre sí nuestros delitos, nuestra pecaminosidad, nuestras flaquezas y nuestros dolores y murió en la cruz ocupando el lugar que nos correspondía a nosotros. Nos enseñó así que el secreto de la salvación y de la felicidad en esta tierra reside en el perdón. Por eso dice en Marcos: “Porque si vosotros no perdonareis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas”.

Y ahora, un hecho relacionado con el perdón que no quisiera que olvidaras nunca: perdonar significa olvidar la ofensa. Hay quienes dicen: “Perdono, pero no olvido”. No los creas, no han perdonado. Forzados por las circunstancias, quizás han cumplido con una apariencia de perdón, pero en su corazón no han perdonado. Cuando alguien dice: “Perdono a Fulano, pero no quiero tener nada más que ver con él”, no te quepa la menor duda, no lo ha perdonado. Quien perdona y no olvida la ofensa que dice que ha perdonado, desconoce el verdadero sentido del perdón. Supón que Dios procediera de esa forma. Que dijera que perdonaba al ser humano, pero que no quería tener nada más que ver con él. ¿Cuál sería el resultado? ¿Habría alguna esperanza de salvación? No, ninguna. Pero Dios sabe perdonar. Dios comprende, y porque comprende, perdona. ¿Será por esto que solo los espíritus amplios toleran y perdonan? Escucha lo que dice el Señor en las palabras del profeta: “Pero yo, por ser tu Dios, borro tus crímenes y no me acordaré más de tus pecados” (Isaías 43: 25). En estas palabras se sintetiza la esencia misma del perdón.

Sé capaz, hija mía... hijo mío, de perdonar siempre. Perdona a tus enemigos y perdona también a tus amigos. No, no te sorprendas de



esto último, porque aunque parezca increíble, a veces resulta más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo. Recuerda lo que te decía antes: todos somos seres humanos que necesitamos comprensión y tolerancia. La necesitas tú y también tus amigos. De un granito de arena no hagas nunca una montaña.

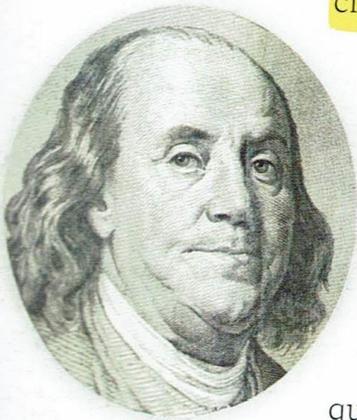
Que tu sensibilidad no exagere la magnitud de las ofensas que recibas. No pienses en ti, piensa en los demás. Compréndelos, y sabrás perdonar y vivir en armonía con todo el mundo.

En cuanto al número de veces que debes perdonar a los demás, ya conoces la respuesta que el Señor Jesús le dio a Pedro: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mateo 18: 22). El perdón no tiene límite. ¿Que el mal que te hagan puede ser mucho? ¿Que los daños pueden ser inmensos? Pues mayor será tu privilegio de ser generoso y perdonador.

Dijo Benjamín Franklin: "Al injuriar a tu enemigo te pones por debajo de él; si te vengas eres igual a él; si olvidas, te colocas por encima de él". Con cuánta razón sugería el apóstol Pablo: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; así harás que le arda la cara de vergüenza. No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence con el bien el mal" (Romanos 12: 20, 21). Afirma un proverbio árabe que el perdón es la forma más selecta de la victoria.

Por otro lado, es posible que en alguna oportunidad seas tú el que deba pedir perdón. Puedes cometer alguna equivocación que perjudique a alguien. Tal vez lo hagas sin ninguna mala intención, pero estará hecho, y será necesaria una rectificación honrada. Ten siempre valor para reconocer tus equivocaciones y pedir perdón cada vez que sea necesario.

Esa será la mayor evidencia de tu grandeza de espíritu y lo único que te librerá de cargas que podrían resultarte muy pesadas si no





supieras pedir perdón. **Deja a un lado todo orgullo y toda vanidad.**

La humildad no significa pequeñez; todo lo contrario, es la manifestación más exquisita de la grandeza. Cuando alguna vez pidas perdón, tu orgullo quizás se resista, pero habrás salvado tu dignidad y te harás digno del respeto de toda persona de valor.

Se cuenta un caso ocurrido en la juventud del **Mahatma Gandhi**, el gran estadista hindú. El joven Gandhi, que tenía entonces solo quince años, se apropió de algunas monedas de cobre que pertenecían a algunos de los sirvientes de su casa, y cortó una pequeña pieza de oro del brazalete de su hermano. Con el dinero obtenido de la venta de estas cosas compró cigarrillos y carne de cabra. Este hecho tuvo repercusiones que el joven Gandhi no había sospechado siquiera. Durante la noche sufrió una **pesadilla** horrible de la cual formaban parte las monedas de cobre, la pieza del brazalete de su hermano y la carne de cabra que había comprado durante el día. A la mañana siguiente el joven, no pudiendo soportar más **la llamada de su conciencia**, decidió hablar con su padre y confesarle lo que había hecho. Pero su padre estaba gravemente enfermo. El joven se acercó al lecho del **autor de sus días**, y no atreviéndose a hablarle directamente, le escribió en un papel su pecado, luego una solicitud de que lo castigara, y una promesa de no volver a robar jamás. Pasó aquel papel a su padre, el cual leyó la confesión que le hacía su hijo. Después cerró los ojos y no dijo nada, pero al cabo de algunos instantes las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Esas lágrimas fueron más poderosas que cualquier **reprimenda**. Gandhi nunca las olvidó. Su falta fue perdonada, pero el acto de confesarla fue para él una experiencia que recordó toda la vida y que le ayudó a través de toda su existencia.

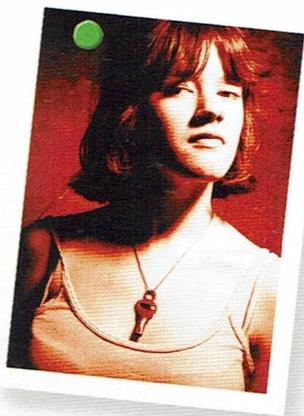




Cuando debas implorar el perdón de Dios, no vaciles en hacerlo. Háblale al Señor aun con más confianza de la que tienes cuando me hablas a mí. Tú también eres un ser humano expuesto a las mismas debilidades de los demás, ya te lo he dicho, y tú lo sabes, de manera que tantas veces como sea necesario, deja florecer en tus labios la palabra perdón. El Señor quiere perdonarte, porque quiere salvarte, y como te recordaba antes, para que tu perdón y, el mío, y el de todo aquel que lo busque sea un hecho, envió a su propio Hijo, quien “ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido” (Lucas 19: 10).

Se cuenta un caso ocurrido hace muchos años que sirve para ilustrar lo que te digo:

En cierta sección agreste de uno de los países europeos, hace mucho tiempo vivía un pastor de ovejas con su hijita. Esta lo acompañaba siempre que él llevaba a pacer a su rebaño y una de las cosas que más encantaba a la niña era escuchar a su padre llamar a las ovejas con el cuerno. Lo escuchaba con deleite y entre mil pastores hubiera reconocido la manera de tocar de su padre.



Pero, poco a poco, la niña fue creciendo hasta convertirse en una hermosa joven. Un día se trasladó a cierta ciudad, pues deseaba trabajar para ayudar a su familia. Al principio el pastor recibió con toda regularidad una carta de su hija cada semana. Al cabo de un tiempo, sin embargo, las cartas comenzaron a escasear, y por fin, dejaron de llegar. En la pequeña villa donde vivía el pastor comenzaron a correr rumores de que la joven había sido vista en la ciudad en compañía de personas no muy recomendables. Cierta día, uno de los moradores de la villa, que fue a la ciudad donde estaba la joven, por casualidad se encontró con ella en una de las calles y le habló. Ella lo miró de arriba abajo simulando no conocerlo y, sin prestarle atención, siguió su camino. Cuando el padre de la joven oyó lo sucedido, dejándolo



todo, se puso en camino hacia la ciudad para buscar a su hija extraviada.

Día tras día vagó en vano por las calles y avenidas sin dar con ella. Por fin recordó cuánto le agradaba a ella escucharlo tocando su cuerno para llamar a las ovejas. Sin vacilar un instante lo descolgó de sus espaldas y empezó a hacerlo sonar por las calles de la ciudad. Todos los transeúntes se sorprendían al contemplar a aquel pastor que hacía sonar su cuerno en medio de la ciudad. Pero él, imperturbable, seguía calle tras calle y día tras día repitiendo su llamada de amor.

Una tarde, su hija se hallaba conversando con otras amigas en un lugar de dudosa moralidad. De pronto, una expresión indefinible se dibujó en su rostro: sorpresa, emoción, dolor. No, no había duda, lo que ella oía era la voz de su padre que la llamaba, y sin vacilar se dirigió a la puerta, salió a la calle y cayó en los brazos del anciano quien, sin titubear, se puso en marcha hacia su hogar llevando consigo a su hija, para tornarla a Dios y a la decencia.

Así actúa el Todopoderoso. Nos busca dondequiera que estemos para ofrecernos la flor de su amor, que es el perdón. Que Dios te bendiga, hija mía... hijo mío, para que recuerdes siempre que no hay nada más grande ni más digno que perdonar.